

Rimas. GALICIA. /"El Correo de España",
4 noviembre 1912/

3-127

*Recogido en
Andalucía y vizcaya*

RIMAS DE UNAMUNO

GALICIA

A mis amigos de
Pontevedra Torcuato
Ulloa, Victor Said
Armesto é Isidro Bu-
ceta, dedico este poe-
ma que ellos vieron
nacer.

Tierra y mar abrazados bajo el cie-
lo mejen sus lenguas, mientras él en-
tre montes de pinares tranquilo sue-
ña, y Dios por velo del abrazo corre
sobre sus hijos un cendal de niebla.

Ondea palpitando el seno azul del
novio, y á su aliento la verde cabelle-
ra de la novia se mece, de castaños,
de pinos y de robles, de nogueras y
rubio vello del maiz dorado que á la
brisa marina se cimbreá.

Frunce el ceño la novia en Finis-
terre, que broncos mocetones alimenta;
yergue desnudo el cuello en el na-
ciente, espalda á espalda con Astu-
rias recia, y alza la frente blanca,
cimas de roca que las nubes besan y
que por ver el seno del amante hacia
el cielo se elevan.

Vuelto él en nubes hasta el cielo
se alza, dérritese de amor, su jugo
suelta, y lenta la llovizna va empa-



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDOS USALES



pando á la tierra, y corre por los ríos fecundantes, ceñidos de alisedas, nuevamente del mar al seno siempre joven, henchido siempre de pujanza nueva.

Por un resquicio azul desde la altura se ríe el sol de fiesta, é irisa con sus rayos la llovizna, y la obra le completa.

El mar que duermo en las tranquilas rías buscando acaso olvido á sus tormentas, se consume de sed del agua dulce que de las cimas llega, y mira al Ulla, al Lerez, y en las fuentes que el bosque esconde sueña. Sed es de la dulzura que su amargor consuela; sed de los besos húmedos que ella le manda de sus hondas selvas, sed de las fuentes que entre los castaños, de la roca revientan.

Como lenta caricia el Miño manso desciende restregándose en sus vegas, y el Lerez, demorándose en «salones», en lecho de verdura se recuesta. El Sar humilde, tras cortinas de árboles sus aguas ceta cantando de la dulce Rosalía cantos de amor y queja, y en honda cama de granito pasa el Sil asceta.

Desde un verde rincón de la robleda, la verde melodía de la gaita como un arrullo avivador se eleva, y al reclamo de amor languidecidos, Tierra y Océano más y más se aprietan. Susurra gravemente á sus oídos siempre la misma cántiga, la eterna, para que olvide de sus duros partos las repetidas pruebas, y el dolor de vivir con su canturía poco á poco le breza.

Hormigúean los hijos de este abrazo por valles, costas, montes y laderas, y de sus nidos hacia el cielo sube el humo del hogar como una ofrenda.

Mozas con ojos que la vida encienden, á la espalda mollizas rubias trenzas, con las plantas desnudas tibio calor prestándole á la tierra, enhiestos senos que al andar trepidan, firmes cual moldes y anchas las caderas, y unos brazos rollizos, que con la misma ciencia ciñen el cuello á su hombre, eunan al niño entre canciones tiernas, ó en los campos desiertos de varones el azadón manejan. Una raza de madres, varonas que á sus hijos alimentan, y á las veces, de colmo, amamantan ideas, ó al lado de sus hombres ofician de contienda. Rinden culto á la vida, y entrambos mundos pueblan.

Esta raza los árboles, las ánimas, con pánico fervor venera, y palpitan druidicos misterios bajo sus oraciones evangélicas. Pasan en estanti-



Galicia

LEGADO DE D. MANUEL GARCIA BLANCO

3

gua los que fueren, en larga noche negra, y obedecen los santos á conjuros de brujas y hechicoras.

Trabajan rudamente y zumban consolándose en las penas; rien y lloran á la vez, burlándose por modo de defensa; ó acaso aflan de los «hermandiños», en silencio y con trágica paciencia, las hoces vengadoras.

Allende el padre mar, más que pobreza codicia ó hambre de oro les lanza á las Américas, y como un dedo la herculina torre un trabajoso «más allá» les muestra. Por cima de la tumba de la Atlántida, do acaso sus abuelos les esperan, pasan soñando y brezando con aires de la tierra, mimosos, verdes, la morriña celtica. Se funden sus canciones con el canto del mar, de que salieran, y al mar de olas celestes sus almas van con ellas.

Y al mar, para consuelo, su tierra apretada aguardándoles se queda.

Desde su altar, ceñido de altas torres de granítica piedra, que ennegrecieron lluvias seculares, fomento de leyendas, Santiago peregrino, penate de esta tierra, con sus conchas marinas revestido, sonriendo contempla ese abrazo de amor que nunca acaba, mientras en él se mezclan de la madre de Cristo, su madre, á los recuerdos, los de la madre de Venus, y remembra su romería, cuando Pan y Cristo, guiones á su vera, por la vía de leche que cruza las estrellas, desde la Tierra Santa le trajo Prisciliano de la diestra.

Miguel de Unamuno.



3-127



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES